

cajas; cajas casi vacías labradas con imágenes y signos prodigiosos. A todas les puso nombres, en su intento de animalizar los objetos. *El Aleph* era el nombre al que respondía una de las cajas. Pero ninguna de ellas ha sido habitada por la serpiente, que sólo las husmea desde muy lejos o las destruye a coletazos y enciende sus colmillos contra ellas.

Elea sigue viviendo con Jorge Luis, amarrada como un perro infinito a la puerta de su casa, un conejillo de indias metafísico. Jorge Luis le ha dedicado lo mejor de su vida y Elea sólo existe para él y para algunos griegos muertos hace dos mil años.

Mientras tanto, junto a la casa de las aporías, de las antinomias desgarradoras y las pataletas finitas en el reino de lo infinito, hay serpientes finitas, de metro y medio, de 50 ó 60 centímetros, o víboras nucleares que muerden los pies de los que pasan y destruyen su cara. Simples enemigos terrenos del hombre, fieras terrestres. Jorge Luis no las conoce.

E. L.

E. J. WEBB, *Los nombres de las estrellas*. Fondo de Cultura Económica. México, 1957. 303 pp.

Es este un libro interesante desde varios puntos de vista. Con una gran erudición, Webb bucea hasta encontrar la justificación adecuada a los nombres de las estrellas. Por supuesto, a muchos ha de parecer totalmente inútil esta tarea. Pero dejando a un lado la utilidad o la inutilidad de la empresa, el libro es un llamado a contemplar nuevamente el cielo con el deleite recuperado de los primeros hombres, que ante el espectáculo nocturno, volcaron su imaginación en él, encontrando similitudes con objetos conocidos y llamando a los conjuntos de estrellas con el nombre de esos objetos. Webb hace esta importante aclaración: los nombres de las estrellas han sido puestos, no por eruditos u hombres de ciencia, "sino por la voz del pueblo y por razones imaginativas". La intención era meramente poética o simbólica, pero nunca científica.

Uno de los más interesantes temas tratados en el libro es el del origen del zodiaco. Aunque atribuido generalmente a los griegos, es probable que no haya sido este pueblo, sino otro quien primeramente dio nombre a las constelaciones del zodiaco. Históricamente, es un tanto difícil esclarecer este punto, aunque, como dice el prologuista Bulmer-Thomas: "Parecería que, si hubo préstamos entre los babilonios y los griegos, no fueron siempre estos últimos los que los tomaron".

Este libro es, en el transfondo, una clara llamada de atención contra la vulgaridad de la vida cotidiana. Recuerda que, aún más allá del humo y las luces de las ciudades, está la presencia, siempre maravillosa, del cielo. Para el hombre moderno es ya, inclusive, como dice Saro, yan, "... un hecho terrible, la existencia del cielo." Las páginas de este libro son, pues, una invitación a volver a la actitud contemplativa, colocada ya por el pitagorismo, entre las formas de vida, como la suprema.

H. P.

EMILIO CARBALLIDO, *D. F. Colección Teatro Mexicano*. México, 1957. 106 pp.

Bajo el título general de *D. F.* Emilio Carballido presenta en este libro, nueve obras en un acto, de diferentes géneros



y variada factura, de la pieza al monólogo, del monólogo a la comedia, de la comedia a la farsa y nuevamente a la pieza o al monólogo. El lugar en el que se desarrolla la acción es el único punto que las unifica: El Distrito Federal. Las obras son: *Misa Primera* y *Tangentes*, piezas; *Selaginela*, *Escribir, por ejemplo...*, *Parásitas* e *Hipólito*, monólogos; *El Espejo* y *La Medalla*, farsas; y *El Censo*, comedia. Varias intenciones y diversos géneros, pero siempre el mismo estilo detrás de ellos: el ya bastante conocido y apreciado de este autor.

Carballido acierta siempre cuando se propone tratar a sus personajes con cariño, comprensión y, sobre todo, ternura; rodeándolos, además, de un casi intangible misterio, el encuentro inesperado, las líneas que se cruzan, el pasado y el presente, la nostalgia y el arrepentimiento y, muy particularmente, la soledad, una soledad que los proyecta más allá de sí mismos, haciéndoles adquirir una dimensión poética que aumenta considerablemente su personalidad teatral: *Misa Primera*, *Tangentes* y *Parásitas*. O cuando recurre a su extraordinaria capacidad para transformar en material teatral cuadros de costumbre, haciendo —nunca directamente sino a través de la acción— crítica social: *El Censo*. Falla, en cambio, cuando intenta burlarse de los personajes, satirizándolos: *Hipólito* y *El Espejo*, principalmente, y, en menor grado, *La Medalla*, que se salva, hasta cierto punto, gracias a los toques tiernos, compasivos —nuevamente la soledad— que inmediatamente mueven al lector a sentir simpatía hacia algunos de ellos. En *Selaginela* y *Escribir, por ejemplo...* une varios de los dos primeros elementos, a su conocimiento de la adolescencia y logra también magníficos resultados.

La lectura de estas pequeñas obras —en las que se encuentran todas las cualidades de las de mayores dimensiones del mismo autor, ya que contienen la mayor parte de los elementos con los que compone generalmente sus obras— se hace fácil y agradable. Todas están magníficamente escritas, aunque, naturalmente, algunas destacan por encima de las demás.

Carballido sabe perfectamente cómo emocionar y divertir, sin descuidar los temas que trata, tanto al lector, como al espectador y en este volumen lo demuestra repetidamente. Siempre logra —*Hipólito* y *El Espejo* serían la excepción— producir en el lector las sensaciones que se propone mediante su completo dominio de la técnica teatral, su capacidad de caracterización y el uso de temas interesantes y personales.

J. G. P.

MARIO VERDAGUER, *Medio siglo de vida barcelonesa*. Editorial Barna, Barcelona, 1957, 380 pp.

Biografías, crónicas, colección de instantes, escenas de aquella época internacional de Barcelona, de extraordinaria intensidad; todo eso lo registra Verdaguer con un sentido de buen humor y con ese deleite de exhumar cosas viejas que ahora distraen al lector porque se relacionan con personajes de las letras y de la historia contemporánea. Abre los capítulos con breves pinceladas de la vida de Pompeyo Gner, el extraño autor de *La Muerte* y *el Diablo*, catador insigne de la vida que transcurre entre sueños y anhelos indescifrables. El gran Peius, como dice el autor, pasa en fantasías pantoqueas tanto en París como en Barcelona, y finalmente describe, con un tanto de tristeza, el descendimiento del escritor en los días amargos de la miseria y de la muerte.

Desfilan en las páginas otros personajes de antaño, los novecentistas, Ramón del Valle Inclán, Moragas, Picasso, la Otero, Margarita Xirgu, Albéniz, Falla, Isidro Nonell, Weintgartner, Baroja, Rubén Darío, y tantos más. Aparte de las biografías, su prosa narrativa es admirable, y en ocasiones hace hablar a sus personajes de otros que tienen la admiración del mundo. Thibaud cuenta una historia muy interesante del *pauvre* Lelian: "Luego Verlaine habló de Bach. —Bach es el único músico que podría arrancarme de este cuerpo y de este abrigo grasientos —dijo. Bach viene a ser, ¡lo es!, un magnífico reclinatorio construido por notas sobre el cual uno se puede apoyar sólidamente, y no tener miedo a hundirse en su nada. Es un ciclo con todo lo mejor y más tranquilizador que existe. Y todo dentro de un sencillo pentagrama. Un día en mi cuarto sencillito, pobre y desmantelado, me creí perdido para siempre. Me sentía sin corazón y sin alma. No tenía más que un cuerpo miserable. Entonces me puse a pensar en la 'Misa en sí menor' de Bach, y eso fue todo. Pues bien, mi pena se deshizo, se deshizo la hora... La hora."

Y la señora Grabner, dice Verdaguer, ha referido que conoció al gran Beethoven, y lo describió de la siguiente manera: "Era rechoncho, rostro enrojecido, picado de viruela; ojos negros, agudos y penetrantes; cabellos grisáceos, cuyas mechas le caían a menudo sobre la frente. Su voz era de un tono bajo sonoro, hablaba muy poco y siempre se le veía sumergido en la partitura..."

Para los barceloneses del novecentos que forman una patria común fuera de la patria, el libro es una vida nueva de recuerdos de aquella existencia fastuosa de florecimiento de arte y de belleza en la ciudad condal.

R. R.

